

Temas Axiológicos

Existen los valores negativos?

Pedro TRONCOSO SANCHEZ

La disputa axiológica.

Pocos temas han dado que pensar y escribir tanto a los filósofos actuales como la cuestión de los valores, y pocos asimismo han sido objeto de más teorías diferentes. Hay hasta quienes los niegan y, en oposición a éstos, hay en cambio quienes piensan que ellos son el único objeto de la Filosofía. Todos, sin embargo, se han visto obligados, de buen o mal grado, a aceptar la importancia de su problema. En quienes admiten su existencia hay diferencias muchas veces enormes entre las tentativas para descubrir su esencia, su estructura, su contenido, su función, su enumeración y su clasificación. Existe una disputa axiológica en que las divergencias son causadas por la prudencia escéptica o la audacia dogmática con que se aborda el problema, por la mayor o menor profundidad de visión de los axiólogos, por la diversidad de los puntos de vista adoptados, o por la de los aspectos principalmente enfocados en los hechos de valor. Recuerda en mucho a aquella célebre disputa sobre los universales entre realistas, nominalistas y conceptualistas, aunque la de ahora es más compleja.

El problema late vigorosamente entre los pensadores hispanoamericanos, estimulado por la abundante literatura europea existente al respecto y especialmente la traducción al castellano de parte de ella y los trabajos de José Ortega y Gasset. Hasta ahora conozco algo de lo escrito en América por los argentinos Alejandro Korn, Francisco Romero, Luis Juan Guerrero y José Lozano Muñoz; por los mejicanos Antonio Caso y Francisco Larroyo; por el colombiano Carlos Jaramillo Borda; por el cubano Antonio de Bustamante y Montoro, y por el dominicano Andrés Avelino.

En estas líneas me ceñiré a discutir un aspecto del problema de la esencia de los valores: la cuestión de su polaridad. Mi pregunta es esta: ¿Son los valores negativos tan reales como los positivos, o son solamente la ausencia óptica de valores positivos, o simplemente de valores?

Qué son los valores

Antes, sin embargo, deberé generalizar dando noticia de mi fe axiológica por medio de una breve contestación a la pregunta ¿qué son los valores?

Yo diría en dos palabras, en gracia a la brevedad que me propongo, que los valores son —perdóneseme por ahora el neutro— aquello que marca la diferencia entre el hombre y el animal, aquello que permite al hombre ser algo más que un animal, sin dejar de ser un animal.

La única radical diferencia entre el animal y nosotros es la de ser el hombre un organismo psicofísico capaz de recibir el espíritu, es decir, el reino de los valores —con esto no aludo a nada psíquico— y, con él, de estructurar la persona y la cultura.

En virtud de tal gracia el hombre vive no solamente en un mundo percibido de cosas que apetece o aborrece, que le son útiles o nocivas, sino en un mundo lleno de objetos buenos y malos, bellos y feos, santos y profanos, justos e injustos, etc., entre los cuales puede escoger, y tiene la visión de un estado ideal de perfección, al cual aspira; es decir, vive el hombre en un mundo lleno de sentido y en constante perseguiamiento de fines.

El animal vive únicamente en un ambiente de cosas que apetece o aborrece, según enriquezcan o no su vida individual o la de la especie. La utilidad es, pues, algo que sólo pertenece y concierne a la vida; no al espíritu. Por eso no veo en el campo de la Axiología a los llamados valores económicos o de utilidad.

El animal realiza, inconscientemente, un programa económico. El hombre, sobre todo cuando es santo, artista o sabio, alcanza conscientemente un plano metaeconómico, realiza una vida espiritual.

Como para mí la Filosofía no es aspiración de conocimientos ajustada al prudente patrón de la ciencia positiva sino curiosidad suprema, ambición incontenible de saber y valentía en el pensar, no vacilo en acogerme a la tesis de que los valores son *realidades* no entes e intemporales que *advienen* —permítaseme adoptar esta preciosa palabra del vocabulario teológico— que advienen a la psique y la transforman en órgano de un mundo superior y la hacen *vehículo de nuevas causas orientadas a fines* y modificadoras del curso de la naturaleza.

Valoramos cuando enfrentamos un objeto natural o artificial, físico, psíquico o ideal, y le contemplamos y comprendemos a la luz del espíritu.

El valor negativo no existe.

Todo valor, se ha sostenido entre quienes admiten su realidad supraindividual, es o positivo o negativo y necesariamente implica la existencia de otro valor polarmente opuesto, tan real como su contrario. Disiento de los que sostienen tal especie y ven entonces el valor negativo como una "forma de realidad" del valor, y a combatir esa afirmación me dedicaré en seguida.

Sólo es real el valor positivo, lo único a que llamo valor. Valor negativo es una expresión que alude a la ausencia de un valor, a un puro objeto irreal.

La necesidad de dar un nombre o una designación cualquiera a lo que no existe, a una simple carencia, da lugar a veces a que se le tenga como cosa que existe, y es, parece, lo que ha ocurrido con el valor negativo.

Fue lo que aprovechó el ingenioso autor de la adivinanza que reza: ¿De qué podemos llenar un jarro, de modo que mientras más le llenemos

menos pesa? Ante el silencio del atónito interrogado, el preguntador le dirá la solución: de agujeros.

Los mismos defensores de la polaridad se contradicen afirmando: "si algo vale; algo necesariamente *no vale*", sin advertir que sostener el no valer de un valor es admitir que no es real.

El llamado valor negativo —lo falso, lo malo, lo feo, etc.— es pues ausencia de lo valiente —o tal vez ninguna o pobre captación del valor— en ocasión de cualquier hecho y en relación con una conciencia que estima este hecho. Feo es todo objeto —un ruido, un garrapato, una frase— incapaz o poco capaz de provocar la irrupción de un valor estético en la psique —esta irrupción *no depende solamente, desde luego, del objeto valorado, sino de las condiciones del sujeto que lo valora. Falso es todo juicio que no se coordina con alguna situación objetiva. Mala es toda acción o inacción del hombre no impulsada por un valor ético. Profano es tanto un objeto que no provoque el sentimiento de lo santo como el alma que no actualiza éste.*

El valor negativo es pura ausencia. Prefiero tener esta concepción platónica de los valores; esta concepción que se acuerda con la doctrina de las Ideas del divino filósofo. Prefiero asimilar los valores a las ideas platónicas, pero quitándoles todo sentido metafísico, todo carácter de sustancias o hipótesis causadoras del mundo visible, y decir que lo malo, lo feo, lo falso, etc. son la nada, puras carencias, actos y cosas desnudos de valor, pero reales, desde luego, en el reino de la naturaleza. Los usos del lenguaje me dan la razón.

¿Por qué decimos de todo hecho malo que es una *falta*? Falta dice ausencia, hueco, no existir. Es una expresión corriente de sorprendente sentido platónico, que apunta inconscientemente a la ausencia de valor, a que *ésta falta*. ¿Por qué decimos que Fulano tiene *defectos*, en el sentido de malas cualidades? Esta expresión vale tanto como decir: "Fulano presenta vacíos", vacíos éticos, intelectuales, o de los que se trate; es decir que *estos valores no le informan su personalidad y ésta queda huérfana de ellos*. Se dice del que odia que "*no tiene corazón*".

La palabra *falso* con que se designan los conocimientos no verdaderos con ánimo de atribuirles realidad, significa asimismo vacío. Así como pisar en falso es no pisar y dejar el pie en el aire, así pensar falsamente es no conocer nada.

La correspondencia que instintivamente establecemos entre los valores éticos y ciertos colores es también significativa: el color que simboliza el mal es el negro, ausencia de todo color. El que simboliza la virtud es el blanco, suma de todos los colores.

No existe el valor negativo; pero sí la valoración negativa.

La valoración negativa.

Valorar negativamente es enfrentarnos a un objeto cuya presencia no logra, en un momento dado, estimular el advenimiento de un valor; es la triste impresión de un alma espiritualmente rica frente a un objeto —que puede ser otra alma— carente o poco saturado de valor. La estimación es desde luego un hecho relativo, tanto en cuanto al objeto valorado como al sujeto

valorador: Una cosa puede ser valiosa en una dimensión y en otra no. En este caso es valor negativo en la dimensión en que el valor falta. Un objeto de arte puede ser gracioso pero no elegante, puede ser elegante pero no majestuoso. Una persona puede ser justa pero no compasiva y viceversa. Un ejemplo típico de esta relatividad en la estimación lo ofrece el famoso estigma de Bossuet a la filosofía de Malebranche: "*Pulchra, nova, falsa*". Del lado del valorador puede haber, además, una infinita gradación de matices en su actitud, sujeta a una multitud de circunstancias históricas y psíquicas.

Esencia de la valoración negativa.

Valorar negativamente no tiene por otra parte nada de negativo. Es por el contrario aprehender un valor real y positivo y contrastarlo con una situación en que falta este valor. No es una aprehensión del mismo tipo de la que ocurre ante un objeto valioso, pero, si reflexionamos un poco, no podemos negar su presencia. En un caso el valor se pone; en el otro se contrapone. No es seguramente el autor de una mala acción el que capta, al realizarla, el pretendido valor negativo, sino que es el espectador mejor dotado moralmente —que puede ser el mismo autor, arrepentido— quien capta uno positivo al reprobarla. El sujeto vacío de valor ignora las más de las veces que lo es, es decir, ignora que deja de captar valores. Cuando se tiene conciencia de que algo es malo, o falso o feo, es porque ya se la tiene de lo que es bueno, verdadero o hermoso, y contrapone estos bienes a los casos en que vacan. No sabré que el juicio "el cristal es opaco" es falso, mientras no adquiriera el conocimiento de que el cristal no es opaco y lo contraste con aquel juicio. Ni sabré que el proceder egoísta es malo mientras los valores éticos no se sobrepongan a mi naturaleza animal. Ni sabré de fealdades mientras no sienta la belleza y ese sentimiento me lance a buscarla.

La valoración negativa está, como acabamos de ver, necesariamente impregnada de un valor positivo.

Cuando A. Müller sostiene que la inmisericordia es tan real como la misericordia porque aquélla se expresa de hecho tanto como ésta, su ignorancia de la esencia de la valoración negativa le hace ver un pretendido valor negativo en un hecho humano juzgado adversamente por las personas de buen corazón. Inmisericorde es todo acto de hombre en el cual los misericordiosos *echan de menos* la misericordia. Abstraído de esta valoración, no se puede ver en el inmisericorde el advenimiento de valor alguno, sino la manifestación del egoísmo natural, que es lo opuesto a lo valiente. Si fuese de otro modo tendríamos que ver la expresión de un valor lo mismo en el hecho de un tigre al devorar a una persona que en un asesinato.

La esencia de la indiferencia.

Con este examen de la esencia de la valoración negativa, salta también a la vista la esencia de la indiferencia, de la falta de toda valoración ante un objeto cualquiera. Ella tiene lugar cuando en el sujeto no ocurre ninguna de las dos clases de advenimiento del valor que he señalado, es de-

cir, la que provoca el objeto valioso y la que provoca el no valioso. En un sentimiento de fealdad ante un objeto anima uno de belleza que le sirve de condición *sine qua non*; en un acto de indiferencia estamos asimismo ante un objeto no valioso —relativamente al sujeto,— pero al cual no contraponemos un valor. He aquí la diferencia esencial entre ambas actitudes. Esta diferencia, en la esfera de lo ético, pongo por caso, hace que a unos indigne la comisión de un hecho vituperable y lo juzguen malo y a otros deje impasibles. La indiferencia es la pura negatividad.

El conocimiento falso.

Un pensamiento, un raciocinio y todo un discurso falso, también se dice, es tan real en el mundo de los valores como un pensamiento verdadero y en uno y otro se cumplen igualmente las leyes de la lógica. Esto último es cierto pero no lo primero. El error deriva aquí de un motivo más grave, y es que se atribuye a los pensamientos, como puras estructuras lógicas, realidad valente y se les denomina “valores lógicos”, en vez de mirárseles como perfectos objetos ideales que son. Si se les viera en su justo lugar, en la esfera de los objetos ideales, al lado de los matemáticos y de las relaciones, y se les distinguiera de los *conocimientos*, es decir, del contenido de sentido de los pensamientos, no se incurriría en sostener que un pensamiento puede ser tanto verdadero como falso y que ambos son igualmente reales. No es lo mismo pensamiento que conocimiento. En rigor, un pensamiento no es jamás ni verdadero ni falso, sino el conocimiento. Un pensamiento puede albergar o no un conocimiento, y nada más. Cuando no lo alberga el conocimiento es falso, inexistente. Cuando lo alberga estamos en presencia de una *verdad* o de un *valor de conocimiento*.

Un pensamiento falso no es entonces un valor, sino un pensamiento sin conocimiento, es decir, vacío, un intento fracasado de conocimiento, un signo lógico que no se coordina con ninguna situación objetiva o que apunta a una situación inexistente. El pensamiento existe siempre, contenga o no un conocimiento, pero su existencia es ideal y no valente.

Así como los valores estéticos se manifiestan en ocasión de cosas sensibles, los éticos mediante actos de la voluntad y los religiosos mediante estímulos y vivencias de un tipo particular, así los valores de conocimiento se manifiestan sometidos al ordenamiento de las formas lógicas y al través de éstas.

Carlos Jaramillo Borda (*Los valores y una teoría sobre ellos*, número de abril de 1938 de *La Revista de las Indias*, de Bogotá) admite el carácter valente de los pensamientos, pero él mismo dice: “existe una zona: la de lo verdadero y de lo falso, de donde deriva la significación y sentido auténtico de los juicios. No son, pues, éstos los que dan o niegan verdad, sino que es la verdad la que da sentido al juicio”, lo cual equivale a decir que el valor no reside en el pensamiento sino en el conocimiento, pues esa “zona de lo verdadero y de lo falso de donde deriva la significación y sentido auténtico de los juicios” no es otra cosa que el conocimiento, entendido como valor y abstraído de su envoltura lógica, ordenadora y limitante.

Después el mismo autor agrega: "la verdad..... convierte una proposición gramatical indiferente o neutra en algo sensato y significativo". Empero no es a una proposición gramatical, perfecta como tal, a lo que la verdad convierte en algo sensato y significativo, sino a un pensamiento. El mismo ejemplo de juicio errado que él ofrece: "el triángulo tiene cuatro lados", es un pensamiento perfecto en sí mismo, independientemente de su falsedad, y es su no-coordinación con algo objetivo lo que le quita sentido.

Cuando el discurso no está tocado y saturado por aquello que le da sentido, o sea, por el conocimiento verdadero, lo veo como una cáscara vacía, como un armazón lógico frustrado. Importa poco que se le crea apuntar a una situación objetiva real, esto es, que se le crea verdadero. No comparto la tesis de que todo conocimiento falso es un modo de reproducción de una situación objetiva tan real como el conocimiento verdadero. La rechazo porque la considero una sutileza sin valor. No puedo ver en lo negativo sino la nada.

